

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Certeza en el caos y la oscuridad de nuestro tiempo
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Certeza en el caos y la oscuridad de nuestro tiempo (14 días)

Día 1

Pr. 27:1; Stg. 4:14

El escritor, periodista y agrimensor estadounidense Ambrose Bierce (1842-1914) dijo una vez: “Nosotros llamamos conocimiento a una pequeña parte del desconocimiento, el cual hemos ordenado”. Aunque el conocimiento de la humanidad ha aumentado muchísimo desde aquel tiempo, y podemos sacar mucho provecho del mismo, no estamos más seguros, ni tenemos menos temor. ¡Al contrario! Probablemente Ambrose Bierce ya lo debe haber sospechado en su tiempo, pues se le atribuye ser fundador de la literatura moderna del horror.

Para nosotros, los creyentes, es de suma importancia pensar de qué manera podemos vivir confiadamente, a pesar de las crecientes turbulencias, presiones y los temores. Podemos reconocer como lo expresó T. Clausnitzer: “Nuestro conocimiento y nuestra mente están envueltos en oscuridad, salvo que tu mano y tu Espíritu nos llenen de clara luz”.

¡Qué privilegio! Dios nos ha dado promesas y la certeza de su ayuda en situaciones difíciles de la vida. Pues los creyentes nos enfrentamos a un futuro terrenal y eterno con esta convicción: Dios está con nosotros; Él mismo lo ha prometido. (Lea Gn. 28:15; Is. 43:2; Mt. 28:20b.) Nuestra seguridad descansa sobre las promesas de Dios. En los próximos días meditemos acerca de tres de estas realidades: 1. Sabemos que Dios es fiel. 2. Sabemos que Dios perfeccionará su buena obra en nosotros. 3. Sabemos dónde pasaremos la eternidad.

1. Sabemos que Dios es fiel

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y por los siglos”. Él no cambia. “Si fuéremos infieles, él permanece fiel”. La verdad de que Él permanece fiel es el gran contraste entre Dios y el hombre. La Palabra afirma que Él es “Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él” (He. 13:8; 2.Ti. 2:13; Dt. 32:4).

La fidelidad de Dios es singular porque se une con verdad, bondad y justicia. En su tiempo Dios cumplirá todas sus promesas. Si nosotros creemos en sus promesas, experimentaremos su cumplimiento en el tiempo preciso. (Lea Dt. 7:9; 1.R. 8:56.)

Día 2

1.Jn. 1:7-10; Lc. 15:17-24

Dios es fiel. ¡Su fidelidad se demuestra ante todo en su perdón! El profeta Isaías tenía que comunicar al pueblo en cierto momento en el nombre de Dios: "... vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios ..." (Is. 59:2). Nadie puede decir que está libre de pecado, nosotros como creyentes tampoco. Pues por la Palabra de Dios y por su Espíritu se sensibiliza nuestra conciencia respecto a cualquier maldad que pudiésemos cometer tanto en pensamientos, palabras o hechos. Por eso, no debemos minimizar el pecado, sino llamarlo como tal y confesarlo delante de nuestro Señor. Si confesamos nuestro pecado, el Señor nos limpia de toda injusticia porque Él es fiel a su Palabra.

"El tema perdón es el tema general y central de Dios. Lo vemos como un hilo rojo tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, pues sin el perdón no puede haber real comunión con Dios. Sin el perdón tampoco hay amparo, ni gozo real, ni nueva vida, ni salvación eterna. Sin el perdón todo permanece como antes, sin el perdón todo huele a muerte. El perdón tiene importancia fundamental, ya que se constituye como fundamento para la casa de la vida y de la fe. Esto es así porque la consecuencia del pecado es siempre la muerte (Ro. 6:23).

A los *ojos de Dios* tampoco existen pecados menores o mayores, estas distinciones son solamente medidas humanas. Asimismo tampoco existe menor o mayor gracia. La gracia es gracia y el pecado es pecado. Un pámpano, que es cortado de la viña y está a un milímetro distante, muere de la misma manera como otro que también está cortado de la viña pero se encuentra a cien kilómetros distante de aquella. Cada pecado nos separa de Dios" (según W. Putschky). Pero hay solución y ayuda: Jn. 8:2-11.

Día 3

2.Co. 5:21

“Dios toma en serio el pecado. Tan en serio, que no lo puede ignorar. El pecado tiene que ser quitado, sacado de en medio, y esto es posible solamente si un inocente se ofrece a hacerlo. En el Antiguo Testamento vemos que Dios ordenó a su pueblo el sacrificio de animales como medio para romper la conexión entre pecado y muerte. En el día de la expiación, el ‘Jom Kippur’, se ponían simbólicamente las manos sobre un macho cabrío sin defecto. Con la confesión del pecado se lo transferían al animal inocente. Este debía morir y entonces seguía la imputación del perdón (Lv. 16:21.22). Esto era, ya en aquel tiempo, una señal de la manera en que Dios actuaría en el futuro y daría fin al pecado. Por eso tuvo que venir el Cordero de Dios, que llevaba el pecado del mundo” (W. Putschky; lea Mt. 1:21; Jn. 1:29; Lc. 2:11).

Pongamos atención en que Juan resalta la *justicia* de Dios, no su misericordia (respecto al perdón) (1.Jn. 1:9). Dios, para poder ser misericordioso, no deja su justicia de lado. Él no cierra sus ojos, para que no tenga que ver el pecado, sino que los dirige a la cruz del Calvario, donde su justicia se cumplió totalmente, cuando el Hijo de Dios tomó sobre sí el pecado de todo el mundo y sufrió el castigo correspondiente. Esto tenía que ser así porque Dios es justo. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

El perdón de Dios se basa en su justicia. Dado que el pecado fue expiado, Dios puede ser misericordioso con el pecador. Y yo puedo creer en la promesa de su perdón. (Lea Is. 44:22; Mt. 7:18; Ef. 1:7.)

Día 4

1.Jn. 4:16; 1.Co. 13:13

La fidelidad de Dios se demuestra en su amor que no termina. Dios es amor en persona; por eso su amor no se extingue, como tampoco la existencia del Dios eterno. Esto no se refiere solo a su extenso amor a toda la humanidad o a su iglesia; sino que se refiere también a su amor a mí personalmente.

“Dios es amor, todo su obrar está impulsado por amor y por el deseo de tener comunión con aquel que Él ha creado. El amor de Dios siempre se adelanta al hombre, sin preguntar, si éste es digno de ser amado. Por eso existe la historia de la salvación, porque Dios ama a los hombres. En todo su poder el amor de Dios se abre camino al enviar a su Hijo” (Ralf Lutero). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1.Jn. 4:10).

El amor de Dios perdura y aguanta todo lo que el amor humano daña tan fácilmente y destruye. Cuántas veces el Señor ya nos debería haber abandonado, porque nuestra actitud de corazón, nuestra vida y nuestros hechos no han concordado con lo que le habíamos prometido una vez. Pero Él no nos abandona nunca. Él es fiel y *permanece* fiel hacia nosotros. Pues “ninguna cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (según Ro. 8:35a.39b; lea Jer. 31:3).

En cualquier situación, aún después de cualquier derrota, puedo saber que soy amado por mi Señor. “Conservaos en el amor de Dios” (Jud. 21)

El hecho de que Dios permanece fiel en su amor hacia nosotros, se constituye en nuestra certeza gozosa. En su fidelidad a Pedro, Jesús renovó la confianza de su discípulo hacia Él mismo. (Lea Jn. 21:12-17.)

Día 5

1.Co. 13:1-13; Fil. 3:4-11

Un seguidor de Jesús comenta: “El mayor tiempo de mi vida de creyente yo pensaba, que mi relación con Dios dependía de aquello que yo hacía para Él. Si yo oraba mucho, leía con diligencia la Biblia, empleaba mucho tiempo con cosas espirituales y pecaba poco, entonces estaba un poco más seguro que Dios estaría conforme conmigo. Yo vivía continuamente con el temor de equivocarme en algo, y que entonces Dios me quitaría su amor. Yo temía que mis faltas y debilidades me separarían del amor de mi Señor.

Pero después me dí cuenta: Lo que nosotros no podemos lograr por nuestros méritos es lo que no podemos perder. No merecemos el amor de Dios y su aceptación, estos son regalos, y por ninguna otra cosa podemos honrar más a Dios que por la bendición de ser personas libres y alegres, porque sabemos que Él nos ama. Pida usted a Dios que le conceda esa certeza, no solamente en su cabeza, sino también en su corazón” (J. B. Smith).

Junto a la tumba de su amada esposa el pastor Johannes Busch dio él mismo el sermón de despedida. Sus seis hijos huérfanos de madre estaban a su lado, cuando él comenzó con voz firme: “En este cementerio he dado a muchos miles el mensaje del príncipe de la vida. Vosotros hoy tenéis el derecho de preguntarme: ¿Permaneces con tu mensaje?” Y luego confesó: “Yo permanezco con el mensaje del amor de Dios en Cristo Jesús”.

Aun en crisis, en tristeza y sufrimiento vale este principio: el amor de Dios hacia mí no ha terminado, tampoco terminará; pues su amor es eterno. (Lea Ro. 5:8; Ef. 2:4.5.)

“Señor Jesucristo, tu fidelidad y tu amor son inconcebiblemente grandes. En todas las sacudidas tú no me sueltas. Tú te quedas conmigo para siempre. Tú me llevas a tu eternidad a través del tiempo. Gracias, mi fiel Señor”.

Día 6

Nah. 1:7; Sal. 136:1

La fidelidad del Señor se demuestra en su bondad continua. Ninguna persona se debería preocupar si la bondad de Dios en algún momento se termina. No, ella es eterna. Por eso podemos estar rodeados por su bondad durante toda nuestra vida.

“Vivimos de la bondad, de la amabilidad de Dios. Él está entre nosotros, y nos lleva alzados a través del tiempo” (U. Jankoviak). Dado que el amor de Dios no se termina, tampoco finaliza su bondad. Ella es grande e infinita. (Comp. Sal. 31:19.) “Allí donde no podemos medir, podemos admirarnos y vivir de esa bondad asombrados y en adoración” (C. H. Spurgeon).

En el Sal. 23 David alababa cantando la bondad de Dios que le cuidaba y le rodeaba. (Lea Sal. 23:1-6.) Nosotros debemos experimentar: Dios, mi pastor, tiene todo para mí, todo lo que necesito. Él se preocupa por mí y me cuida. Él restaura mi alma, que tantas veces necesita aliento y refrigerio. Él me guía, yendo delante de mí y mostrándome el camino correcto, Él me guarda y protege. Él está conmigo en todos mis caminos, también en los trechos oscuros y peligrosos. En momentos de pruebas me acompaña su bondad y misericordia. Aún cuando me voltee el pecado, cuando lastime a otros por impaciencia y necedad, cuando no esté dispuesto a perdonar, su bondad y misericordia no se terminan. Yo puedo contar una y otra vez con su bondad, hasta que llegue a la eternidad y esté en casa junto a Él.

Hay una canción que dice así: “Él ayudó hasta aquí, el Señor, a Él sea la honra ... sí, más allá de las estrellas en el universo alcanza su fidelidad y misericordia. Hasta aquí ayudó Él, y Él permanece siempre así, ayer y hoy y en toda la eternidad” (G. v. Viebahn II). (Lea Sal. 25:10; 36:5; 59:10; 66:20.)

Día 7

Fil. 1:6; 2.Ti. 1:12

2. *Sabemos que Dios perfeccionará su buena obra en nosotros.* El apóstol Pablo escribió una vez a su joven colaborador Timoteo: “¡Yo sé a quién he creído!” El apóstol no se había entregado a una buena idea, a una doctrina cuidadosamente pensada, sino a una persona: Yo sé a *quién* he entregado toda mi confianza: a Jesucristo. Con Él, Pablo había tenido un encuentro personal e impresionante. A la luz de la santidad del Señor se derribó toda su vieja vida, y a la luz del amor del Señor, Pablo llegó a ser una nueva persona.

Aun siendo muy mayor de edad el apóstol testificaba: antes yo era “un blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia, ... Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, ... Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna” (1.Ti. 1:12-16). ¿Acaso Él, que había comenzado su buena obra y la sigue haciendo hasta el día de hoy, no sería capaz de completarla? (Comp. Sal. 57:2; 138:8.)

Dios no deja a la mitad su obra en nuestra vida. Pues Él es sabio y poderoso para completar su obra en nuestra familia e iglesia, en el matrimonio y amistades, y también en mí personalmente. ¿Acaso nuestro conocimiento de la grandeza y del poder de nuestro Señor es solamente un conocimiento mental?

Es justamente en situaciones confusas y de debilidad cuando podemos recordar que el poder de nuestro Señor es ilimitado. Él es todopoderoso, a Él le ha sido dada “toda potestad en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18; lea Job 42:2; Sal. 62:11; Lc. 1:37).

Día 8

Hch. 4:23-31

La Palabra de Dios nos comenta de personas que, en situaciones sin salida, alabaron primero la grandeza de su Señor y le adoraron, y recién después le dijeron a Dios sus peticiones.

Cuando Pedro y Juan tuvieron que comparecer ante el concilio por haber hecho una buena obra que habían realizado en el nombre del Señor, les prohibieron severamente hablar o predicar de Cristo (Hch. 4:17.18). Los apóstoles, empero, explicaron que no iban a obedecer a este mandato porque la comisión de su Señor era justo lo contrario: “me seréis testigos en Jerusalén ... hasta lo último de la tierra” “Id y haced discípulos a todas las naciones ...” (Hch. 1:8; Mt. 28:19a; lea Hch. 4:19.20). Era mandato contra mandato. Aun en un segundo interrogatorio ellos seguían firmes en su convicción: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch. 5:29). Cuando ellos llegaron a la iglesia, después de su liberación de la cárcel, todos estaban decididos unánimemente: Para nosotros es prioridad el mandato del Señor.

La situación de la joven iglesia era crítica, sin embargo ellos hicieron lo correcto: Ellos miraron la grandeza de Dios. Hablaron en oración con el Señor que había hecho el cielo y la tierra. Ellos alabaron al Señor, que había vencido el poder del enemigo y gozaron de Él. Los que oraron no perdieron de vista lo difícil de sus circunstancias, pero fueron alentados en su ruego.

Nos llama la atención que no pidieron por protección externa, sino por valentía para testificar: “Concede a tus siervos que con todo desnudo hablen tu palabra”. Cuando nos acosan los temores, y los problemas se asientan en nuestra cabeza, debemos animarnos unos a otros y confiadamente mirar al Dios Altísimo, y adorarle a Él. De este modo también nuestro corazón llegará a liberarse y gozarse, y podremos ser vencedores por la fe en Aquel que nos ama tanto. (Lea 2.Cr. 20:1-22; Ro. 8:35-39.)

Día 9

Ro. 8:28.29

Si nosotros constantemente chocamos con nuestros límites y fallamos, nos puede ayudar pensar en la grandísima obra ya realizada por Dios en y por nosotros: “Nos ha hecho renacer a una esperanza viva” (1.P. 1:3). Hemos sido salvados de la muerte eterna a la vida eterna y pudimos entrar de la oscuridad a la luz. (Lea Ro. 5:10; Jn. 3:36; Ef. 2:19; 5:8; Col. 1:13.) Ya que el comienzo ha sido una obra milagrosa en nosotros, ¿cómo no confiar que el Señor podrá terminar la obra de la perfección para la eternidad?

A veces no nos parece la obra de Dios en nuestras vidas como una *buena* obra. No entendemos porqué nos guió así en nuestra historia personal, y no de otra manera. Podemos decirle: Por favor, Señor, quita esa enfermedad o... por favor, haz una completa sanidad de esa enfermedad, o por favor, no permitas más dificultades en el lugar de trabajo, en mi matrimonio y familia, o en la iglesia. Jesús no siempre cumple nuestros pedidos porque Él conduce su obra iniciada en nuestras vidas cómo a Él le parece mejor. Esto a veces no nos gusta mucho, y algunas aflicciones son realmente muy duras e inaguantablemente dolorosas.

Si nosotros, hablando figurativamente, nos encontramos en el calor abrasador del horno de fusión, no quisieramos quedarnos ni un segundo más allí. En tal situación, nadie nos podrá entender mejor que el “varón de dolores” que aguantó la cruz. Si lo observamos a Él y vemos detrás de la cruz su resurrección y, un poco más allá, lo vemos en el cielo, entonces seremos consolados. Y mientras le miramos a Él, seremos transformados a su imagen (2.Co. 3:18).

“Por tanto, ... corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (He. 12:1.2).

Antes de que en la eternidad *seamos* perfectos como Jesús, debemos *llegar a ser* como Jesús. (Lea Ef. 5:8.11-20; 1.Jn. 3:2.3.)

Día 10

Sal. 90:10-12

3. *Sabemos dónde pasaremos la eternidad.* La vida terrenal nos puede parecer muy larga cuando una persona llega a una edad muy avanzada. Sin embargo, es como un solo suspiro (Job 7:16; Sal. 39:5). Nuestra vida pasa muy rápido y parece como sombra. (Comp. Job 8:9; 1.Cr. 29:15.)

Aunque esta vida es muy corta y perecedera, es justamente ahí donde la persona debe decidir dónde pasará la eternidad ya que *cada persona tiene una eternidad delante de sí*. La cuestión es preguntarse ¿en cuál lugar quisiera estar: en la inexpresablemente hermosa y eterna gloria junto con Dios, o en la eterna lejanía de Dios, en el lugar de inimaginable desconsolación y pena? Jesús mismo ha contado una memorable historia acerca de eso: Lc. 16:19-31.

El Señor no solamente habló de manera muy clara sobre la existencia del cielo y el infierno, sino que también nos dijo de qué modo una persona puede llegar al cielo: Jn. 14:1-6; 3:14-18. Si usted aún no tiene una relación personal con Jesús, pero la quiere conseguir, puede orar de la siguiente manera, pues Jesús no está más lejos de usted que una oración: “Querido Señor, gracias que tú me amas y quieres lo mejor para mi vida. Me he dado cuenta que hasta aquí yo mismo he manejado mi vida, y que mi pecado te ha ofendido a ti y a mis prójimos. De esto me arrepiento sinceramente. Señor Jesús, gracias que tú has perdonado todos mis pecados, porque tú moriste por mí y resucitaste. Por favor, perdona mi pecado. Yo quiero confiar en ti y te pido: ven a mi vida. ¡Sé mi Salvador y Señor! ¡Haz que pueda experimentar tu amor y reconocer tu buena voluntad para mi vida! Amén”.

“El hombre es la única criatura que sabe que tiene que morir y que conscientemente tiene que acercarse a la muerte. Este conocimiento reposa como una sombra sobre toda su vida. Cada persona tiene que morir sola, totalmente sola. Nadie la puede acompañar. Ante esta última soledad el hombre siente temor. Pero para el creyente existe una comunión que la muerte no puede destruir, la comunión con Dios. Aquel que sigue a Jesús, el Viviente y Resucitado, sabe que al final del camino está Dios, entonces el morir es una experiencia de la mano de Dios. La conexión con Dios no se corta, al contrario, después de la muerte está completa” (H. Bräumer; lea Jn. 11:25.26).

Día 11

Jn. 3:36; 5:24; 1.Jn. 5:11-13

Aquel que ha confiado en Cristo Jesús, ya “ha pasado de la muerte a la vida”. De otra manera nadie llega al cielo, “sino que la ira de Dios está sobre él”. Jesús habla aquí de una realidad muy importante, a la cual tenemos que enfrentarnos: *¿Qué dice la Biblia acerca de la ira de Dios?*

- La ira de Dios es parte de su santidad.

La falsedad, la impureza y el pecado no tienen lugar junto a Dios. “Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor” (Dt. 4:24). La ira de Dios no es un poderoso sentimiento que de alguna manera puede pasar. Tampoco es un fuego de paja, que arde por un momento y después se extingue, sino una resistencia continua a todo lo malo. Por eso la santa presencia de Dios no permite ninguna vinculación con el pecado. ¡Qué bueno! Pues lo que es enemigo de Dios, también para nosotros es un enemigo: lo diabólico, lo que nos destruye.

Jesús como el “Santo de Dios”, se turbó o se conmovió en su Espíritu, tanto con ira como con dolor, al liberar a los endemoniados o al enfrentarse con la muerte, este enemigo cruel del hombre. (Lea Mr. 1:25; Lc. 4:41; Jn. 11:33.) “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1.Jn. 3:8).

Aquí está nuestra salvación para escapar de la ira de Dios: pecadores que por naturaleza éramos “hijos de ira” (Ef. 2:3), podemos llegar a ser hijos de Dios, hombres de Dios, con los cuales el santo Dios quiere tener comunión. Así, la iglesia de Jesús, la comunidad de los santos, es santa como Dios es santo. (Lea Jn. 17:19; 1.Co. 1:30; He. 10:10.)

Por eso: “ ... como Aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está (Lv. 19:2): ‘Sed santos, porque yo soy santo’” (1.P.1.15.16).

Día 12

1.Jn. 4:7-19

- La ira de Dios es parte de su amor.

Muchas veces la gente pregunta: ¿Cómo pueden estar unidos la ira de Dios con su amor? *Primero* tenemos que ver: llegará el día – “día de la ira” (Ro. 2:5) – en el que Dios juzgará todo lo malo y lo exterminará. Satanás, el que tiene poder sobre la muerte, será arrojado junto con todos los demonios al “lago de fuego”, el eterno tormento. Entonces también la muerte y el Hades serán derrocados y desterrados. Asimismo, el “cielo y la tierra” – lugar del pecado y de la muerte – perecerán. Lo que se refiere a nosotros los hombres, habrá un doble final de la historia: cielo o infierno. (Lea Ap. 20:10.14.15; Mt. 7:21.)

Segundo: La ira de Dios es un signo de su amor. Justamente *porque* Dios nos ama, *porque* de ninguna manera quiere que alguna persona tenga que quemarse por su santa ira, se deja desafiar en su ira. Él no encoje sus hombros de manera indiferente, según el dicho: “¡qué le preocupa a la luna, si le ladra un perro!” No, Dios se preocupa por nosotros. “Dios ya dejó caer el rayo de su ira – sobre la cruz del Señor Jesucristo. El amor de Dios apuntó el proyectil fatal de su ira sobre sí mismo, sobre su único, amado Hijo.

En un incendio de la estepa, un pedazo de tierra ya quemado es como una isla en medio de las llamas alrededor. Entonces, cualquiera que está junto a la cruz del Señor (el lugar donde el fuego ya quemó), será protegido de la “ira venidera” de Dios.

Absolutamente fatal es solo una cosa: escuchar el evangelio de la salvación por Jesucristo y no tomarlo en serio, no aceptarlo. Esto es huida de la isla salvadora. La huida directamente al fuego es una locura, es suicidio. El que rechaza a Jesús, se entrega voluntariamente a la ira de Dios. Pero Dios quiere para nosotros la vida, no la perdición” (S. Kettling; lea Ro. 5:6-10).

Día 13

Fil. 3:20; Lc. 10:20

El apóstol Pablo exclamó con júbilo: *¡mi patria está en el cielo!* Es muy bueno si uno tiene una patria terrenal, pero mucho más importante es tener una patria celestial. Saber que 'estoy en casa', aquí y ahora, a pesar de que todavía estamos en camino, nos llena de aliento.

El pastor Johannes Busch contó una vez: "estuve como soldado por meses en Rusia, en la 'Batalla del cruce del Kubán'. Era un tiempo terrible. Fue inolvidable el día cuando me dijeron que podía tener licencia y viajar a casa. Era un viaje muy pesado y fatigoso. Ocho días estuvimos en el tren, apretados como "sardinias" bajo un sol quemante. Sufrimos terriblemente por la sed en ese viaje, las noches eran un suplicio.

Pero si alguien me hubiera dicho que saliera del tren porque el viaje era tan agotador, me hubiera burlado de él. Le hubiera explicado: con gusto viajo así, aunque fueran cuatro semanas, yo voy a casa. El pensamiento de que íbamos a la patria achicaba todas las molestias, el agotamiento y las penas. Cuando la noche no quería terminarse, entonces los pensamientos iban corriendo hacia adelante: ¡viajo a casa, viajo a casa!"

Nuestra vida no es un viaje a lo desconocido o a la 'nada'. Sabemos a dónde vamos y podemos gozar de nuestro indestructible y eterno hogar. "El hombre fue creado para el cielo. El destino de todos los hombres es la eternidad celestial, y no buscar en primer lugar el tener una vida feliz aquí en la tierra. La tierra no es nuestra mayor meta. Lo que necesitamos como creyentes es una nueva nostalgia del cielo. Esto no significa pasividad al estar aquí en la tierra, sino por el contrario, como los creyentes están conscientes de que su patria eterna está en el cielo, ellos deben vivir y actuar aquí muy responsablemente" (S. Holthaus).

¿Será que usted realmente necesita una nueva nostalgia del cielo? Jesús se la quiere obsequiar. (Lea Fil. 3:7-14.)

Día 14

Ro. 1:16; 2.Co. 5:17-20

¿Por qué Jesús, al volver a su Padre celestial, no llevó directamente a sus discípulos consigo al cielo? ¿Por qué no nos lleva enseguida a su presencia cuando nos entregamos a Jesús?

El Señor quería que Su empresa: “buscar y salvar a los pecadores”, siguiera cumpliéndose en todo el mundo (Lc. 19:10; Mt. 18:12). Para eso era necesario que los discípulos del Señor no solo tuvieran el mandato, sino que también fueran autorizados como sus embajadores de máxima autoridad. Esa autorización aconteció por primera vez con el envío del Espíritu Santo. (Lea Hch. 1:8; 2:1-4.38-40.)

Debemos tener en cuenta que Jesús no consideraba el don del Espíritu Santo como un privilegio sólo para los primeros discípulos, o para misioneros muy capacitados. Cada cual, que por medio del Espíritu de Dios llega a ser una nueva persona, es un embajador dotado de todos los poderes de su “superior” para actuar según Su voluntad. Cada seguidor del Señor es su testigo, independientemente de las capacidades otorgadas por el Espíritu Santo, pues si no, no es su seguidor. Los dones de la gracia son diferentes, pero su efecto en conjunto es que la iglesia global del Señor sea edificada y afirmada. Leyendo Ro. 12:3-8 nos preguntamos: Señor, ¿qué quieres que haga?

Jesús no quiere que nos perdamos en detalles. “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1.P. 4:10). Sería muy corto de vista, más aún, dañino, si un colaborador de Dios pensara que él tiene que saber y hacer de todo.

La entrega al servicio de Dios no se refiere a gastar las fuerzas hasta lo último y quedarse completamente agotado. Pero, en otro sentido, es igualmente dañino esconder su don o capacidad en un hoyo, u ocuparlo sin consideración de los demás, sino sólo pensando en sí mismo y su propio bienestar.

¡Observemos a Jesús! (Lea Fil. 2:5; Jn. 13:13-17.34.35.)